



Historia y Grafía
ISSN: 1405-0927
comiteeditorialhyg@gmail.com
Departamento de Historia
México

Hodara, Joseph
Reseña de "Los fundamentalismos" de Pace, Enzo y Renzo Guolo
Historia y Grafía, núm. 28, 2007, pp. 189-196
Departamento de Historia
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922907010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los fundamentalismos

JOSEPH HODARA
Universidad Bar Ilán, Israel

Pace, Enzo y Renzo Guolo. *Los fundamentalismos*, México, Siglo XXI, 2006, pp. 172.

La irrupción de las corrientes denominadas “fundamentalistas” en los ajetreos teológicos y políticos representa un giro inesperado en la historiografía escrita desde y por el Occidente. Para el ingenuo observador, variados procesos habrían tornado improbable tal estridente politización de Dios, entre ellos la victoria decisiva del empirismo baconiano, el desciframiento de las leyes básicas del universo lunar y sublunar efectuado por Galileo y Newton, la aparición de la física cuántica, la inteligente comprensión de los contenidos y mecanismos del inconsciente, la nietzscheana declaración en torno a la “muerte de Dios” y, sin concluir la lista, el ascenso del estudio “científico” de la historia, fenómenos que anuncian e institucionalizan el dominio irreversible de la Razón y el “des-encantamiento” definitivo del mundo y de las directrices que lo gobiernan. El hombre (el europeo al menos) habría dejado atrás el mito y la magia, consciente simultáneamente de sus limitaciones y de su poder sin fronteras. Los enciclopedistas y los iluminismos ilustrados habrían dispersado la oscuridad de otros tiempos.

Candorosa y parcial percepción, pues soslaya el carácter contradictorio del siglo xx —el más breve de los periodos, como Hobsbawm subraya con tino, aunque también el más intenso—. Fue este siglo creativo y violento, liberador y represivo, individualista y totalitario, productivo y destructor. Contrapuntos que hoy ponen en tela de juicio las ingenuas ilusiones decimonónicas en torno al Progreso indefinido y a la categórica Razón. Y, en esta configuración, la efervescencia fundamentalista no debe sorprender. Acaso estuvo siempre allí, en el siglo que fue, sin que la mirada unilateral del Occidente pudiera captarla.

El libro de Pace y de Guolo —dos historiadores italianos interesados en las reapariciones contemporáneas del espíritu religioso— representa un aporte didáctico en las indagaciones sobre la índole del fundamentalismo. No cabe descuidarlo. Para sorpresa del lector, los autores no inician el análisis presentando el caso musulmán. Señalan acertadamente que el fundamentalismo, como palabra e impulso, se encontraría en el universo protestante estadounidense de fines del siglo xix. La libertad concedida al creyente merced a la Reforma y la convicción de que Estados Unidos forma parte ontológica de la Tierra Prometida habrían fomentado una suerte de “patriotismo bíblico” (p. 18). Así, la absoluta verdad de las narraciones del *Génesis*, la incuestionable divinidad de Cristo, la virginidad impoluta de María y la certeza en la Segunda Aparición constituyen intensas convicciones que marcarán, a veces solapadamente, la vida política e ideológica de los Estados Unidos. Satanás y el mal estarían en otra parte. Se manifestaron en “el proceso del mono” (también conocido como el juicio a Scope) que tuvo lugar en 1925 en Dayton, estado de Tennessee. Fervorosos creyentes quisieron entonces desterrar a Darwin del Paraíso, sin éxito. Pero no se declararon vencidos: el fundamentalismo protestante habrá de adoptar múltiples rostros hasta llegar a la Casa Blanca con Carter y Reagan (acaso cabe añadir a Bush). La Moral Majority y la Christian Coalition unen fuerzas con el fin de preservar el temple religioso del país, y los te-

lepredicadores compiten sin inhibiciones con los shows de moda (pp. 24-5). Aparece una Nueva Derecha Cristiana y fervorosa que resiste a la descalabrada modernidad. Estudiantes, feministas y pacifistas son el enemigo. Y a ellos se suman los postulantes de la igualdad de los blancos y negros, de los heterosexuales y homosexuales, además del derecho al aborto y las objeciones a la globalización imperial. Estas desviaciones estarían oscureciendo el mapa cognitivo y emocional de millones de estadounidenses que ponen su confianza dolarizada en Dios. El reverendo Jerry Falwell habría sintetizado en emocionales sermones televisivos el carácter satánico de estas amenazas: “De lo que tiene necesidad Norteamérica es de volver a los antiguos valores que la han hecho grande” (p. 29).

Los autores puntualizan que este fundamentalismo, a pesar de su singularidad blanca y protestante, procura ganar adeptos en América Latina. Con nuevas tácticas y mensajes, apela a los estratos socialmente marginados. Y los gana. El espíritu evangélico recorre México, Brasil y Argentina, gestando un curioso sincretismo entre la prédica protestante y las creencias mágicas de los grupos populares: una forma de suavizar los apocalipsis cotidianos que la miseria y la marginalidad traen consigo (p. 41).

Este acento inicial en el patriotismo fundamentalista estadounidense es complementado con el análisis y la evaluación de los fundamentalismos de cuño musulmán y judío. Pace y Guolo subrayan que cada uno de ellos presenta una secuencia peculiar, con simbologías y protagonistas propios e incluso rivales de otras estructuras fundamentalistas. Premisa que cabe revisar, pues, como indicaré más adelante, no es desatinado identificar relaciones causales y complementarias entre ellas.

El texto dedica amplio espacio al fundamentalismo islámico. Lo aborda en áreas periféricas del universo musulmán (India, Nigeria, Senegal, Mali, Sudán) como protesta contra las aberraciones religiosas y sociales de los poderes centrales. Éstos habrían tergiversado la fe y los dogmas, haciendo retornar al islam a los

tiempos de la “ignorancia” (*yahilia*). Se debe fortalecer por lo tanto su carácter monoteísta (*tawjid*), abandonar la tierra de los infieles o conquistarla a través de la guerra santa (*yihad*). Esta radical renovación teológica será obra del Esperado o el Mahdi, un enviado de Dios que fundará el Reino de los Justos (p. 45). En rigor, habría llegado en algún momento, en la persona de Sayyid Amhad Shadid (1776-1831), en Afganistán, pero su reinado fue breve debido a la ignorancia de las masas. Otras figuras mesiánicas aparecerán en el siglo XIX: la más conocida fue Muhammad Amhad Adallah, que se proclamó el “Mahadi del Nilo” y encabezó el combate tanto contra los invasores blancos como contra los pecadores propios. Y en Arabia Saudita se implanta un fundamentalismo moderado en la forma del régimen wahhabita que preside ese país en la actualidad.

Otras variedades del fundamentalismo musulmán se manifiestan en la Salafiyya, fundada por Jamal Al Din Al Afgani (1839-1897), quien ejercerá ascendiente ulterior en Siria, Egipto y Argelia. En esta corriente se agrega un elemento básico: el combate a la modernidad cristiana y occidental que amenaza con su fuerza militar y con sus prédicas la integridad de la cultura musulmana, actitud que tomará fuerza y alcance con los Hermanos Musulmanes perseguidos hasta hoy por el “pecaminoso” régimen egipcio y sus ramificaciones en el Hamas y en el Jezbollah, de vigorosa influencia en las agrupaciones palestinas.

El fundamentalismo musulmán no se manifiesta sólo en la corriente mayoritaria de la Sunna. Por el contrario, también se difunde en la Shia, es decir, los creyentes en el derecho de Ali, yerno de Mahoma, a jefaturar la expansión islámica. Las convicciones articuladas por los shiitas contienen energías mesiánicas en dosis más altas que en la Sunna. No cabe por lo tanto la sorpresa cuando alcanzan el poder en Irán en 1979. Jomeini se convierte en el Guía esperado. Los autores sintetizan con espíritu didáctico estas corrientes y sus héroes principales (p. 63) con el fin de moderar la confusión que suscita esta pluralidad de variedades fun-

damentalistas. Todas ellas presentan un común denominador: la legitimidad del martirologio cuando es enderezado contra el “paganismo occidental”. Aquí se manifiesta una paradoja que los autores desestiman. El islam radical niega los derechos del individuo en cuanto tal y le opone, en contraste, la supremacía del Estado o del Consejo que se apegan a la Ley (*Sharia*). Sin embargo, la devoción del individuo a la causa religiosa es muy importante, y una de sus expresiones más sublimes es el martirio que el Occidente se empeña en llamar “terror”. No se trata de un acto gratuito o insensato de crueldad. Por el contrario, es un testimonio de la fe y del odio al que la ultraja. Así las cosas, la decapitación (*dhabh*) y el degüello del enemigo y del pecador son actos lícitos, pues el corte de la garganta impide la recomposición de los cuerpos y los conduce al “tormento del fuego” prometido por Dios en el Día del Juicio.

Por otra parte, estas devotas convicciones no descartan el uso de tecnologías –productos de la industrialización occidental– para combatir y anular el pecado. Al contrario, algunas modalidades fundamentalistas se inclinan a adquirir y usar recursos militares y financieros –incluso poder nuclear– con el propósito de superar la índole satánica de Occidente.

El desenvolvimiento del fundamentalismo entre los judíos no deja de interesar a estos autores. Sin incurrir en detalles que acaso rebajarían la intención didáctica de esta obra, Pace y Guolo identifican en la religión judía tendencias de dos signos. Una de ellas es adversa sustancialmente a cualquier nacionalismo que procure con la humana voluntad el regreso a la Tierra Santa. La otra propicia el advenimiento del mesías a través de la conquista y de la colonización de tierras que pertenecen a los palestinos.

Para los *jaredim* (grupo religioso que presenta múltiples matices apenas insinuados por estos autores), el nacionalismo judío o sionismo representa una profanación física y metafísica de la Voluntad divina y, en particular, de los Tres Juramentos que el judío devoto debe obedecer. El primero de ellos: Dios habría decretado que el

uso de la fuerza para retornar a la Tierra está absolutamente prohibido. El segundo: un judío no debe rebelarse contra la opresión o el odio que otros pueblos le profesan; debe aceptarlos pacientemente. Y, en fin: no cabe apresurar la llegada de los tiempos mesiánicos a través de acciones humanas. Llegarán cuando Él quiera (p. 69). Esta triple ordenanza implica que la existencia judía se conjuga fuera de la historia, que los tiempos trascendentales son el *Génesis* y el *Apocalipsis*: el presente es apenas una fantasía o una hoja al viento. Sin embargo, los *jaredim* no se quedaron en la metahistoria; fundaron en 1912 un organismo mundial antisionista llamado Agudat Israel, que actúa contra el sionismo hasta el presente.

Según esta versión fundamentalista, el sionismo fue castigado, por incumplir los Tres Juramentos, con el Holocausto nazi. En los tiempos de la masacre europea, Dios se habría fugado del universo (se produjo un eclipse o “apagón”, en la jerga de los *jaredim*) con el fin de no estar presente en tan ejemplar sanción. En las vísperas de la Segunda Guerra, esta agrupación fundamentalista (muchos de sus miembros fueron asesinados por los nazis sin oponer resistencia) se traslada a Estados Unidos y recrea en el área de Williamsburg, Nueva York, un gueto voluntario; otros se establecen en Jerusalén y en Bnei Irak, Israel, tomando posiciones hostiles al Estado no reñidas con “ajustes funcionales” con las autoridades, que les permiten gozar la santidad de la Tierra y la seguridad suministrada por fuerzas militares que detestan.

Una posición absolutamente contraria a los *jaredim* fundamentalistas es propiciada por el rabino Abraham Itzhack Kook (1865-1935), influido por textos cabalísticos y filosófico-hegelianos. Para Kook, el sionismo es una ideología sagrada, pues apresura el advenimiento mesiánico. Los que construyen y defienden a Israel pueden ser pecadores y ateos: no importa. Hay que estimularlos en una obra que es profundamente religiosa, aunque no lo sepan. Más tarde, sus descendientes lo sabrán. La sacralidad del pueblo de Israel comprende a todos sus miembros, devotos como pecadores. Un religioso genuino debe plegarse al sionismo

sin renunciar a su fe y vocación singulares. Actitud y llamado que concedieron legitimidad a las agrupaciones políticas religiosas que se solidarizan con el Estado israelí.

La Guerra de los Seis Días (la “Guerra de la Redención”, para este nuevo fundamentalismo) produjo una mudanza radical. El hijo del Rabino Kook (Tzvi Yehuda) empieza a predicar un nacionalismo radical que habrá de concretarse en el poblamiento y en la colonización de las tierras conquistadas en 1967. Así nace el Bloque de la Fe (Gush Emunim), que los historiadores Pace y Guolo refieren brevemente. Las áreas palestinas son declaradas porciones de la Tierra Sagrada y, en cuanto tales, resultan irrenunciables. El Bloque de la Fe se ha anotado victorias contundentes hasta la fecha. Los 400 000 pobladores lanzados a la conquista del Oriente palestino objetan cualquier entendimiento con la autoridad palestina y recurrirán a la violencia civil si alguna entidad gubernamental o internacional resuelve la devoción de las áreas conquistadas.

Pace y Guolo abordan sucintamente la variedad católica. El Concilio Vaticano II (1963-1965) habría gestado un clima de tolerancia ecuménica que irrita a quienes creen con firmeza en el carácter divino del texto bíblico y del magisterio papal. La sociedad moderna no es aceptable debido a las impurezas que implica y reproduce (p. 89). La figura más descollante en este contexto es monseñor Marcel Lefebvre con su organización Sociedad de San Pío X. Suscita amplias simpatías en Europa y en América Latina. No se limita a una prédica contra la modernidad secular y pecaminosa, pues ha creado su propio cuerpo de sacerdotes e iglesias que ya se multiplican desde Suiza a Argentina. En Estados Unidos se funda, para complementar la prédica de Lefebvre, el Catholic Traditionalist Movement (CTM), inaugurado por el padre De Pauw, en Maryland, con propósitos similares.

Otra modalidad rebelde —a la que los autores le consagran desafortunadamente muy pocas líneas— es la Teología de la Liberación en América Latina. Aquí el fundamentalismo absorbe componentes “pecaminosos” como los neomarxistas, con el fin de

resistir las tendencias burocráticas de la Iglesia católica, proclive a apoyar a las elites encumbradas en el poder. En países como México, donde hay partidos políticos apoyados directa o indirectamente por esa burocracia, los teólogos de la liberación encontrarán nuevos campos de acción.

Como ya adelanté, el texto de Pace y Guolo satisface ingentes necesidades didácticas, pues escasean los análisis comparativos de los fundamentalismos contemporáneos. En este sentido, no cabe dudar de su valor. Sin embargo, los autores soslayan interrogantes surgidas en el inicio de cualquier incursión en el asunto. Una de ellas se refiere al carácter histórico de los movimientos comentados. No están ni fuera de la historia ni son necesariamente “regresivos”. Antes bien, la modernidad los ha engendrado. Y ponen en marcha los recursos gestados por el Occidente con el fin de alterar el curso, en su opinión torcido, de la sociedad occidental y de la modernización. Proponen, a mi juicio, una construcción alternativa donde la ética de los Estados se manifestaría de una manera socialmente más sensible. Sin duda, los fundamentalismos tienden a rechazar lo que Isaías Berlin denominó “las libertades negativas”, esto es, los derechos del individuo a resolver por sí mismo qué hacer con su vida, con su cuerpo y con sus creencias. En contraste, se apropian de las “libertades positivas” al concederlas únicamente al Estado o a la elite religiosa que lo representa. De esta manera incurren en un fascismo teológico que demanda estructuralmente el ejercicio de la violencia contra el Otro y la otredad. La resistencia a estos fundamentalismos no puede sustentarse en el recurso militar o en “cruzadas” contra el Eje del Mal. Esta postura sólo facilita evidencias y sustento a las certezas de los fundamentalistas. El reconocimiento de la sociedad occidental de sus fallas y la autocrítica permanente constituyen un recurso más sensato. Incluso cabe aceptar en esta revisión radical que “las nostalgias metafísicas” no estropean ni dislocan necesariamente a la Razón. Hay lugar para compromisos y sincretismos no reñidos con el espíritu de la Ilustración. ☒